

WENCESLAO J. GONZÁLEZ. 2010. *La predicción científica. Concepciones filosófico-metodológicas desde H. Reichenbach a N. Rescher*. Barcelona: Editorial Montesinos.

El volumen expone la posición de ocho autores sobre un tema básico de la filosofía de la ciencia como es la predicción. Los autores se agrupan en tres bloques, en atención a las diferentes líneas de investigación desarrolladas en la filosofía de la ciencia contemporánea: lógico-metodológica (Hans Reichenbach y Karl Popper), historicista (Stephen Toulmin, Thomas Kuhn e Imre Lakatos) y naturalista-pragmatista (Wesley Salmon, Philip Kitcher y Nicholas Rescher). A cada autor se le dedica un capítulo donde primero se comenta la evolución de su pensamiento, así como sus aportaciones más significativas para la filosofía y la metodología de la ciencia, para discutir después sus opiniones sobre la predicción. Las ideas sobre la predicción se exponen, pues, en el contexto del pensamiento del autor – a destacar aquí el considerable aparato de referencias textuales–, y esto a su vez es puesto en relación con las tendencias generales detectadas en la filosofía de la ciencia de los últimos cien años. Es por eso que el libro puede leerse también como una introducción a la filosofía de la ciencia que permitirá al lector familiarizarse con algún autor contemporáneo sobre el que apenas hay textos en castellano (es el caso de Reichenbach, Salmon y Kitcher), y también con la bibliografía secundaria más reciente sobre figuras clásicas como Popper o Kuhn.

Lo más interesante del libro no es, con todo, esta parte expositiva más general. Lo novedoso está en tomar a la predicción como hilo conductor de la sucesión de posiciones. Y esto tiene sus riesgos. El más obvio es forzar en exceso la posición de un autor para hacerle decir cosas al respecto. No es el caso en la mayoría de autores incluidos, ya que todos tienen una posición propia sobre el tema, con una única excepción, en mi opinión, que es P. Kitcher. Tras leer el capítulo dedicado a este autor la impresión que queda es que su inclusión en el debate en torno a la predicción resulta un tanto forzada, justamente porque sus opiniones sobre el tema están mucho menos definidas que las del resto de autores seleccionados.

Pero aún hay un tercer hilo discursivo en *La predicción científica* que versa sobre los problemas específicos planteados por la predicción en las Ciencias Sociales. Así, y en paralelo a la discusión sobre la predicción en términos generales, el libro indaga sobre la aplicabilidad de esos planteamientos en el terreno de la investigación social, dando especial énfasis a la Economía. El autor evidencia aquí su familiaridad y conocimientos sobre el debate actual en torno a estas cuestiones, y acomete un tema poco discutido en nuestro país, al menos entre los filósofos de la ciencia, con amplias repercusiones, por ejemplo, en relación al estatus científico de las mal llamadas ciencias “blandas”, o a los supuestos de la metodología empleada para controlar las variables intervinientes, problema éste de primera magnitud para los científicos sociales, y no sólo para los filósofos. Aunque el asunto de la predicción en las Ciencias Sociales no se introduce en todos los capítulos – en los dedicados a Reichenbach, Toulmin y Kitcher no se plantea –, es justamente en los apartados donde sí se hace, donde, a mi en-



tender, se encuentra lo más sustancioso del volumen (véanse los apartados 2.5.2, 2.5.3, 4.5, 5.5, 6.5, 8.4 y 8.6).

En cuanto al encuadre del debate sobre la predicción que realiza el autor, es interesante la distinción entre “previsión”, “predicción” y “pronóstico” (pp. 261 y 289, entre otros lugares), a la que tal vez cabría añadir una cuarta noción, “profecía”, para referirse a los augurios historicistas tan denostados por Popper y sus seguidores (pp. 66 y 88). Se constata, no obstante, cierta ambigüedad en uno de los conceptos básicos empleados por el autor. Así, el término “predictivismo” se emplea con diversas acepciones. Por un lado, tiene que ver con el papel que se le concede a la predicción como objetivo en la ciencia (v. por ejemplo pp. 123, 125, 270, y también pp. 88, 96 y 121, donde se introduce la expresión “instrumentalismo predictivista” con el mismo sentido según parece). También se habla de predictivismo “moderado” para referirse a quienes consideran que la predicción de hechos novedosos es más valiosa que la mera acomodación a la evidencia disponible (pp. 173, 290, 292). Y aún se llega a decir que considerar que la predicción es la mejor prueba de la adecuación de nuestros proyectos científicos es una afirmación predictivista (p. 265), esto es, utilizar la predicción para comprobar si la teoría va bien encaminada o no, ejemplificaría el talante predictivista.

Y bien, lo que se echa de menos es una distinción explícita entre estas acepciones, puesto que remiten a tesis filosóficas distintas. Vaya por delante que el autor considera *Experience and Prediction* de H. Reichenbach, donde se defiende que la obtención de predicciones exitosas es el objetivo último del conocimiento científico, como un exponente puro del predictivismo. Nótese, con todo, que la polémica sobre predicción/acomodación es separable en gran medida de la discusión sobre los fines que persigue la ciencia. Así, puede defenderse una ventaja epistémica de la predicción sobre la acomodación y, sin embargo, no considerar que el objetivo prioritario de la ciencia sea la predicción. Diversos autores contemporáneos partidarios del realismo científico (J. Worrall, J. Leplin, entre otros...), apostarían por la “novedad” [*novelty*], primando así la capacidad de anticipar los resultados experimentales en vez de encajarlos *a posteriori*, y no por ello considerarían que el objetivo a perseguir es la eficacia predictiva, la adecuación empírica, etc., sino que antepondrían a éstas la verdad (o la verdad aproximada, la verosimilitud, o algún otro sucedáneo del gusto realista). ¿Se les puede considerar predictivistas “moderados”? En principio no hay problema en ello, siempre que quede claro que todo esto no es una mera atenuación del predictivismo *à la* Reichenbach. Estamos ante algo distinto que no difiere en grado. Sólo así puede admitirse a W. Whewell en el mismo compartimento que al líder del Círculo de Berlín (p. 217). Por otro lado, aplicar el término ‘predictivismo’ para aludir a la tesis de que el mejor modo (no se dice que sea el único, atención) de comprobar/conjeturar la corrección de una teoría es a través de su rendimiento predictivo, es una afirmación bastante débil en el contexto actual que nos convierte a casi todos en predictivistas, con lo cual el término ‘predictivismo’ acaba desdibujándose en exceso. Como decía W. v. Quine hace un par de décadas, el éxito predictivo es a la ciencia lo que las carreras son al béisbol; en ambos casos se trata de lo que decide el juego, por más que ese no sea el objetivo único que se pretende al jugar.

En cuanto a los contenidos particulares de cada capítulo, ya se han destacado antes las secciones dedicadas a la predicción en las Ciencias Sociales. Por lo demás el libro da un trato similar a todos los autores, tanto en la extensión de cada capítulo como en la profundidad, aunque en este último aspecto creo que sobresalen los capítulos dedicados a Popper, Lakatos y Kuhn. Los capítulos sobre Toulmin, Kitcher y Rescher añaden claridad expositiva con algunas sugerencias críticas. En este último capítulo por cierto aparecen con mucha frecuencia la exactitud y la precisión, términos sinónimos en castellano, entre el listado de propiedades deseables ligadas a la predicción (pp. 260, 270, 275, 279, 280) sin que se nos diga cuál es la diferencia entre ambas (en otro capítulo, en la nota al pie 469 se advierte que son valores distintos, pero no se nos dice por qué). La parte dedicada a Reichenbach, un autor actualmente caído en el olvido, de modo injusto en mi opinión, es muy interesante, y también la comparación entre dicho autor y el bayesianismo contemporáneo (v. apartado 6.2.1, en el capítulo dedicado a W. Salmon), una corriente metodológica que goza de una importancia creciente en filosofía de la ciencia y sobre la que apenas existe bibliografía en castellano. En cuanto al capítulo dedicado a Salmon, aunque contiene dos secciones altamente recomendables (6.2 y 6.5), hay otras (6.3.1 y 6.4) donde se comprimen demasiado algunos temas, como su concepción causal-naturalista de la explicación y su argumentación a favor de la anisotropía de esta última, que hubieran requerido un tratamiento más pormenorizado.

El autor incluye un epílogo de diez páginas donde, a modo de resumen, relaciona las cuestiones generales abordadas y comenta un par de frentes abiertos. El primero de éstos es el problema, estrictamente metodológico, de la fiabilidad de las predicciones científicas, con los agravantes específicos que ello plantea en las Ciencias Sociales y en las Ciencias Aplicadas. El segundo frente es el de la supuesta prioridad de la predicción sobre la acomodación, una venerable controversia filosófica todavía sin resolver. El libro finaliza con una extensa bibliografía, un índice onomástico y un índice de conceptos, ambos muy útiles para localizar las múltiples referencias contenidas en el cuerpo principal del texto. Frente a la ingente bibliografía filosófica existente sobre explicación, no deja de sorprender la poca atención despertada, comparativamente, entre los filósofos, por parte de la predicción. Esta situación se invierte, ciertamente, cuando rastreamos la investigación metodológica que se realiza en contacto estrecho con la ciencia, en la cual la preocupación por la predicción es sin duda prioritaria (piénsese en el vivo debate actual sobre los criterios de comparación y selección de modelos, en el sentido estadístico de este término). Pues bien, en *La predicción científica* encontramos tanto de lo primero (mucho) como de lo segundo (búsquese en las partes dedicadas a la predicción en las Ciencias Sociales), de manera que el lector podrá hacerse una idea cabal de cómo se ha pensado la predicción en la filosofía de la ciencia desde comienzos del siglo XX, pero también podrá atisbar cómo se plantea el asunto en el terreno de la propia ciencia. Por todo ello *La predicción científica* es una enriquecedora aportación a la escasa bibliografía disponible en castellano sobre estos temas.

Valeriano Iranzo
Universitat de València
iranzov@uv.es

DANIEL QUESADA, ed. 2009. *Cuestiones de Teoría del Conocimiento*. Madrid: Tecnos.

Los problemas propiamente epistemológicos pueden agruparse de distintas maneras. Stich, por ejemplo, propone una clasificación que incluye tres amplios rubros: (i) entender qué es el conocimiento; (ii) estudiar los procesos que utilizamos para producir creencias y/o los distintos métodos de investigación con el fin de determinar cuáles de dichos métodos o procesos son conducentes a la obtención de conocimiento; y (iii) elaborar respuestas a los argumentos escépticos que niegan que tengamos conocimiento (Stich (1990), *The Fragmentation of Reason*, Cambridge Mass.: The MIT Press, p. 2). Williams, por su parte, utiliza rubros más estrechos: (a) el problema analítico o de la definición del conocimiento; (b) el problema de la demarcación, *e.e.* determinar acerca de qué cosas podemos esperar tener conocimiento (donde se incluiría la pregunta por la relevancia de la distinción *a priori* - *a posteriori*); (c) el problema del método, una de cuyas preocupaciones es la de establecer si hay una o muchas maneras de adquirir conocimiento; (d) el problema del escepticismo y; (e) el problema del valor (Williams (2001) *Problems of Knowledge. A Critical Introduction to Epistemology*, Oxford: Oxford University Press).

Podría pensarse que la segunda propuesta es capturada por (o reducible a) la primera: los rubros (i) y (a), (ii) y (c) y (iii) y (d) son enunciaciones diferentes de lo mismo y las familias (b) y (e) podrían subsumirse bajo la pregunta general que subyace a (i). Hay quienes piensan, sin embargo, que la primera clasificación es incompleta: algunos autores consideran, por ejemplo, que la pregunta por el valor del conocimiento es diferente de la pregunta por la definición del conocimiento (*Cf.* Kvanvig 1998; Wayne 2002; Pritchard 2007). Lo que me interesa resaltar aquí es que no importa qué posición tomemos respecto de esta y otras disputas, *Cuestiones de Teoría del Conocimiento* cubre todos y cada uno de los rubros en ambas clasificaciones. Esto es una muestra del valor que tiene el panorama de problemas epistemológicos que este volumen nos ofrece.

El libro reúne once capítulos que, como lo afirma Quesada en el primero de ellos, incluyen los siguientes temas: la justificación de nuestras creencias (capítulo II, IV y VI), el escepticismo (capítulos V y VI), el relativismo de la verdad (capítulo VII), la percepción (capítulos VIII y IX), el estatuto de la epistemología (capítulo III y donde podría incluirse el capítulo XI) y el conocimiento *a priori* (capítulo X).

El tema de la justificación epistémica de nuestras creencias ha estado en el centro del debate epistemológico por muchos años. En el capítulo II, Grimaltos e Iranzo examinan la distinción entre el internismo (*e.e.*, lo que determina que una creencia esté justificada son elementos *internos* al sujeto de la creencia (y sólo esos elementos), *e.g.* otras creencias o estados mentales del sujeto) y el externismo (*e.e.*, elementos externos al sujeto pueden fungir como *justificadores*, *e.g.* la relación causal que exista entre el objeto y el sujeto de la creencia). Con ello dibujan un panorama de algunas de las posiciones prevalecientes en la epistemología y del debate que existe entre ellas. En el capítulo IV, Ernesto Sosa ofrece razones para defender la posición en torno a la justificación que sostiene la llamada *epistemología de las virtudes*. Desde su perspectiva, las creencias pueden evaluarse en dos niveles: éstas pueden ser acertadas por una destreza manifiesta del creyente y eso les confiere un estatus epistémico positivo; pero deben también